

JUICIO SOBRE LA INFANTERIA ESPAÑOLA EN LA BATALLA DE ROCROI

por ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

Perdimos la batalla de Rocroi el día 19 de Mayo de 1643. Reinaba en España don Felipe IV, más amigo de fiestas que de asuntos de gobierno, de lo que se aprovechó su valido el Conde Duque de Olivares; mientras en Francia, con la regencia del Cardenal Mazarino, reinaba el monarca de cinco años Luis XIV, lo que anunciaba el amanecer del Rey Sol. Todavía los Tercios guerreaban en Flandes y en Italia imponía respeto nuestra brava Infantería; pero desgraciadamente, ya no era la época afortunada y gloriosa, en que las blancas banderas con la cruz de Borgoña paseaban triunfales por todos los ámbitos del mundo. Los franceses proclamaron con entusiasmo, que la victoria de Rocroi había destruido para siempre la temida Infantería española. Esta especie la creyeron también, todos los demás enemigos de España, y lo que aún sería peor los españoles de las épocas siguientes, trasladando a la Historia, el equivocado concepto de que en Rocroi, los franceses habían hecho desaparecer a los infantes de España, como si se los hubiese tragado la tierra.

Sin embargo, la Corte española seguía divirtiéndose en el suntuoso Palacio del Buen Retiro, representando las comedias del Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, y los dramas de Calderón de la Barca. En verdad que si la española Infantería no feneció en Rocroi, debía haber muerto por entonces, no al impulso de las armas francesas, sino a consecuencia del abandono en que la tenía don Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares, hombre inteligente, activo y terco, siempre presto en allegar recursos para las regias diversiones, como

tardo en enviar ropa, calzados y pagas, a aquellos soldados, que con la punta de sus picas sostenía el todavía inmenso poder de la Monarquía española.

La mentira de la destrucción de nuestra infantería, corrió de boca en boca y de pluma en pluma por la Europa entera, a la que interesaba mucho, por lo menos, acabar con su reputación, que era el terror de todos los ejércitos europeos. Interesaba animar a las demás infanterías, para que no entraran en batalla contra los españoles seguras de derrota. Sin duda el triunfo francés alcanzado en Rocroi, tuvo importancia estratégica, porque evitó la invasión de los españoles en Francia, aunque no influyó nada en la moral de los Tercios, como demostraron a los seis meses, el 14 de Noviembre del mismo año, haciendo añicos al ejército francés en la batalla de Tutlingen, que fue un verdadero Contrarocroi.

Pero la mentira se hizo pétrea y secular en el transcurso de los tiempos; tanto, que un historiador de gran fuste, como don Antonio Cánovas del Castillo, en su Historia relativa al reinado del Rey Poeta, da incluso, como desaparecidos a los Tercios inmortales. ¡Grave error, pues en esta época existían 23 Tercios!

Mejor enterado, a los quince años se retracta, y confiesa que los datos adquiridos de otros historiadores extranjeros, no se ajustaban a la verdad, pues la tan cacareada victoria de Rocroi se reducía a un contratiempo de cierta importancia, pero que no había afectado para nada el crédito de nuestra Infantería, sino que, por el contrario, demostró una vez más la justa fama de solidez que disfrutaba. De todos los historiadores que se han ocupado de esta célebre batalla, el general Almirante es, el que mejor aprecia todas las circunstancias que en la pelea intervinieron, y el que la ha estudiado con mayor profundidad y justo criterio.

Un relato —quiera sea muy suscinto— de los sucesos, ayudará a demostrar que aquella batalla no tuvo los resultados catastróficos, ni fue como la pintan los historiadores extranjeros, y aquellos españoles que se contentaron con copiar, en vez de estudiar e investigar.

El general en jefe por España en la batalla de Rocroi era don Francisco de Melo y Castro: Diplomático portugués, de regia estirpe, valeroso, colmado de prestigio y veterano en el mando de Organismos políticos. Buen amigo del Conde Duque de Olivares, vino a España, ganándose la confianza del Rey Felipe IV que lo nombró gentil-hombre. Sus cualidades diplomáticas e ilustración, le valieron ser nombrado Embajador en Roma y más tarde Gobernador y Capitán



Piquero: Soldado que utilizaba la pica como arma de combate. Instrumento que consistía en una lanza de madera de 2.20 de larga, con un asta de hierro de 17 cms. y otros 10 cms. de regatón. El piquero fue el alma de la infantería española durante los siglos XVI y XVII, desapareciendo el año 1703. El piquero tenía doble sueldo que los demás soldados.

General de los Países Bajos, teniendo a sus órdenes a generales de la pericia, del conde de Fuentes, Alburquerque y Beck.

El ejército francés, lo mandaba el príncipe Conde. El indicado príncipe, era Luis II de Borbón, también Duque de Enghien, que a la muerte de Richelieu fue nombrado para el mando del Ejército por el Rey Luis XIII, cuando sólo contaba 22 años. Elección muy acertada, pues en pocos meses el Gran Conde, como empezó a ser llamado, logró restablecer la disciplina en el ejército, bastante relajada desde la muerte de el Cardenal. Condé contó con los valiosos y sabios consejos del influyente Marqués L'Hopital, y la ayuda del prestigioso y veterano General Labarriere.

Pero antes de la batalla, Melo había elevado al rey Felipe IV un escrito, manifestándole que, «no siendo militar profesional no disponía de las dotes indispensables para continuar al frente del Ejército; que le faltaba aquella visión y claridad de pensamiento necesarias a tan difícil y alta misión». El rey, sin duda aconsejado por el conde duque de Olivares, amigo íntimo de Melo, no tomó en cuenta ni concedió el relevo que el portugués solicitaba, a pesar de que el estilo de la misiva reflejada la desmoralización del general en jefe. Y es sabido que todo aquel que, desconfía de si mismo para resolver problemas militares y de gobierno de un Ejército, está vencido de antemano.

Si como afirman todos los críticos, esta batalla se perdió por no existir órdenes que permitiese la movilidad de la infantería, lo achacamos, a que tanto el general en jefe como su Estado Mayor, en lugar de preocuparse de la actuación enemiga y la reacción de las fuerzas propias, se dedicaron a lamentar lo que estaba ocurriendo, sin poner los remedios necesarios, principalmente por la carencia de dotes de mando que el General Melo había confesado por escrito. Las fuerzas españolas y extranjeras -italianas, valonas y alemanas eran 25.000 hombres— formaron en las acostumbradas líneas de masa: la primera de choque, y la segunda de reserva.

Estas masas las constituían columnas apelmazadas, con artillería en los intervalos, y a los flancos escuadrones de caballería. Los Tercios españoles eran seis, a 3.000 hombres cada uno, todos muy curtidos en la guerra y bien mandados por maestros de campo, disponiendo del armamento reglamentario: pica, arcabuz y mosquete. El arcabuz y el mosquete tenían las mismas características técnicas y de disparo.

Se diferenciaban en que el mosquete era mas largo y pesado que el arcabuz y se disparaba apoyándolo en una horquilla.

Los proyectiles eran una pelota de hierro de seis ochavos para el arcabuz y de una onza para el mosquete. Para el lanzamiento se empleaban tres onzas de pólvora.

El arcabuz costaba en 1.561, 25 reales y 14 maravedies, y el mosquete estaba valorado en 46 reales y 5 maravedies.

Las picas se construían en madera de haya o roble, medían 26 palmos y tenía el asta y la contera de hierro acerado. Su precio era de 7 reales.

Melo suponía que los franceses no habían reunido todos sus soldados, y considerándose mucho más fuerte, presentó la batalla. Gran error, pues no contó con el apoyo que prestaban 23.000 infantes, 7.000 de caballería y bastante artillería de la que disponían los franceses.

Recroi se encuentra en una meseta al Noroeste de Mezieres y a la izquierda del río Moga que, por el camino de Amiens, ofrece una pequeña pero escarpada cordillera y un único desfiladero para entrar en el llano, salpicado de pantanos y bosques. El general francés Gassión, que con la vanguardia se había adelantado considerablemente para reconocer las montañas y el desfiladero, encontró libre la garganta y, pasándola sin dificultad, divisó desde las alturas al ejército español, que marchaban en orden de combate. Iban los piqueros con las picas verticales, a la misma altura; y delante de la primera línea, 1.000 arcabuceros, marcando el compás del paso con el golpe que daban en tierra las horquillas de sus arcabuces. Oíase al mismo ritmo redoblar los tambores. Flameaban sobre el bosque de picas las banderas de las compañías, y la caballería, en los flancos, brillaban las corazas por los rayos del sol. En los intervalos de la infantería veíase caminar a los artilleros arrastrando sus cañones.

Al divisar al enemigo, el ejército español hizo alto, y permaneció así el tiempo que tardó el grueso francés en reunirse con la vanguardia de Gassion, sin intentar reconocer, y mucho menos atacar, a dicha vanguardia, que se había replegado a la entrada del desfiladero. Aquí ya se ve la falta de decisión de don Francisco de Melo; que seguramente esperaba desembocase todo el ejército francés en la llanura, para batirlo, al tener a su espalda un desfiladero que entorpecía la retirada.

No debía de abrigar el general Condé muchas esperanzas de derrotar a los españoles, porque, en viéndolos formados y dispuestos a la pelea, envió todo su bagaje a cuatro lenguas del lugar.

Nótese que la artillería española, en aquellas fechas, era, al igual que la infantería, la primera de Europa, no sólo por su aventajado

material, sino porque, puede asegurarse, que sólo los españoles y algún que otro italiano, producían métodos y tratados sobre la Artillería, algunos de los cuales, como los de Lechuga y Collado, fueron traducidos a varios idiomas.

En presencia unos de otros habían pasado la noche los dos ejércitos, cuando al amanecer del 19 de Mayo rompieron el fuego de sus respectivos cañones; estaban separados 400 metros. Melo desdobló sus dos líneas de infantería, convirtiéndolas en cuatro, para reducir su frente y aumentar su fondo, con intención, sin duda, de embestir en cuña las líneas enemigas. Como quedase mucho intervalo entre la infantería y la caballería, colocada a ambos flancos, puso delante, en el intervalo de la izquierda, los 1.000 arcabuceros que había separado de sus compañías, al observar que la derecha francesa era reforzada con varios escuadrones. El temor de Melo quedó justificado en seguida, pues Gassion se arrojó con su numerosa caballería contra los arcabuceros; pasó sobre ellos, rebasándolos, los desbordó y habría cargado el flanco de la infantería española si el duque de Alburquerque, jefe de la caballería ligera española, no hubiese atacado la izquierda francesa, a la que deshizo completamente, capturando siete piezas de artillería, matando al general La Ferté, hiriendo gravemente al general Labarre y destrozando del todo la columna que acudió en socorro, cuyo jefe, el ayo de Condé, L'Hopital, quedó gravísimamente herido.

Impresionado por el desastre de su izquierda, Gassion se replegó a retaguardia de la línea, perseguido por algunos escuadrones españoles, que se replegaron por no desamparar su puesto. Los historiadores franceses confiesan que tanto Condé, al contemplar el desbarajuste de la izquierda de su ejército, como los demás generales a sus órdenes, temieron por el éxito de la batalla e incluso pensaron en la retirada, que habriese realizado si el general Claudio de Letour, jefe de la línea de reserva, no sólo se negase a cumplir la orden, sino que mandó avanzar a la carrera contra el enemigo, determinando, ese momento psicológico que en todas las tropas produce una rápida y enérgica reacción, que eleva la moral y entusiasmo al soldado. Pero la historia, siempre caprichosa concedió los méritos al Borbón, exaltando la figura de Condé.

A todos esto, los Tercios de infantería española, resisten firmes como una muralla a pesar del nutrido fuego de la artillería francesa. Los gritos de ¡Santiago y España! se comunicaban de



Arcabucero: Soldado armado de arcabuz, arma de fuego portátil con cañón de bronce, exteriormente ochavado, de anima lisa, caja de madera y mecanismo para dar fuego con llave de serpiente.

boca en boca, aunque quizás hubiera comenzado ya los días del ocaso, como ocurriría en aquellos cielos grises tan distintos a los azules de España.

Melo, arrastrado por la impetuosidad de Alburquerque, en lugar de ocuparse del conjunto de la batalla, sacando la espada confundiendo con los jinetes; de daba sí mismo el gusto de exponer la vida y acuchillar a los enemigos. Posiblemente si hubiese estado en el puesto de mando que le correspondía, hubiera dado a los seis Tercios de infantería la orden de atacar, aprovechando la confusión introducida en el flanco izquierdo francés. Sucedió todo lo contrario: no fueron los españoles, sino los franceses, empujados por su reserva, los que se lanzaron al ataque de la línea española. Momento, psicológico para los regimientos de extranjeros del ejército español, que se desbandaron, y emprendieron la retirada. Es un episodio inexplicable, porque no se ha podido averiguar quién diera la orden y por qué fue pronto obedecida, contribuyendo con ello a la derrota. Los tres Tercios españoles de la derecha, es decir, los que estaban junto a los Tercios italianos, dieron media vuelta y, reposadamente, empezaron a retirarse por escalones, sin que nadie les corrigiera aquella desastrosa equivocación. Quedaron solamente en el campo de batalla los otros Tercios, que impasibles, como si estuviesen en una parada, aguantaron el fuego de la artillería, de la arcabucería y las repetidas cargas de los jinetes franceses, empeñados en deshacer aquella ciudadela de carne humana.

El mando de estos Tercios lo ejercía el general la Fuente, conde de Fuentes hombre veterano en edad y guerras, que había discrepado con Francisco de Melo en relación con el momento y el lugar de la Batalla. No tomando Melo en consideración su criterio, y a pesar de estar enfermo, se hizo conducir en la silla de manos situándose pica en ristre al frente de sus Tercios, encontrando la muerte en la primera fila de piqueros. La muerte del valeroso general no desmoralizó a su tropa, aunque no pudieron evitar la victoria de los franceses. La infantería española había establecido un cuadro alrededor del cual, se formó una barrera de hombres y caballos muertos que servían de parapetos a los demás combatientes.

El príncipe Condé, jefe de las fuerzas francesas, rindió homenaje a tan brava infantería de los Tercios, hincó la rodilla en tierra, y tras rezar una oración exclamó a sus oficiales que le rodeaban: «De no haber salido vencedor en la batalla, así como este venerable soldado hubiera querido morir».



Mosquetero: Soldado que utilizaba el mosquete, arma de fuego, algo pesada que se disparaba apoyándola sobre una horquilla; se daba fuego por medio de unas palancas y una mecha. Existían mosquetes de diferentes calibres que variaban en peso y el tamaño de la bala.

"Los tres dibujos han sido obtenidos por deferencia de la Institución Colombina, Biblioteca Capitular reproducidas del libro "Maniement D'Armes, D'Arquebuses, Monsquets et Piques". Año 1608. Signatura 44/5/1.

El general Fuentes antes de irse a batir como un soldado, envió a Meló sus insignias de general.

La silla de mano del general Fuentes se conserva como Trofeo glorioso en los Inválidos de París.

Dicen algunos historiadores, que un parlamentario francés, seguido de un trompeta, propuso a aquella inigualable infantería española rendición con las condiciones que ella misma dictase. Y hasta refieren, que, preguntando el oficial francés a un oficial español cuántos eran los defensores de aquel cuadro, el español, que estaba herido, le respondió: «Contad los muertos». Por lo visto, vivos eran muy pocos; mas no podía contabilizarse que en los muertos estuviesen comprendida toda la infantería española. La lucha duró seis horas, y sólo separaban 8 kms. del campo de batalla de los refuerzos españoles que no lograron llegar.

La capitulación se concluyó aceptando el francés todas las condiciones propuestas: desfile con los honores de la guerra, conservando todos sus espadas y equipajes; paso libre por Francia para dirigirse a España sin escolta francesa; palabra de honor de no cometer en el trayecto ningún desmán; derecho a raciones de etapa durante el tiempo que durasen las marchas, y que los prisioneros heridos se remitiesen a España conforme fuesen curando, con los mismos derechos de los sanos.

Los soldados españoles prisioneros se reintegraron a la patria, siendo recibidos en todo el trayecto por los pueblos, con verdadera caballería; se los disputaban los vecinos para alojarlos y los obsequiaban más que si fuesen compatriotas. El más elocuente predicador que hubo en Francia nunca, el gran Bossuet, pronunció una de sus mejores homilías ensalzando la victoria de Rocroi, que había salvado a Francia, y el heroísmo de los franceses y de los Tercios españoles.

Esta batalla de Rocroi es tan digna de admiración por sus incidentes, como por la hidalguía de su epílogo. Los españoles, con sus espadas al cinto, cruzaron toda Francia por columnas de 500 hombres, a un día de distancia, sin que un momento dejaran de demostrar la más estricta disciplina y la mayor cortesía con los habitantes, a pesar de la pugna entre Francia y España que venía existiendo desde el siglo XV; es decir, dos siglos peleando casi sin tregua, sin que por eso el odio nublase el brillo de las ideas del honor. No es mi propósito hacer comparaciones entre hombres y épocas, tan solo desmentir la especie de que en Rocroi fue aniquilada la española infantería.

Don Francisco de Melo dió cuenta a Madrid del resultado de la batalla, sin desfigurar su derrota; pero sin darle la importancia que resaltaron los franceses, y todos los enemigos de España. Lo cierto es, que la guerra continuó sin interrupción, con altibajos, y Melo no fue relevado a raíz de la batalla. En Palacio tampoco se preocuparon, y menos aún si se estaba representando alguna comedia seguida de baile, cena y regalos suntuosos para los concurrentes.

Si se diera crédito a los exagerados historiadores franceses — que no se les puede creer—, daríamos por cierto que nuestras pérdidas fueron 170 banderas, 8.000 muertos, 7.000 prisioneros y 30 piezas de artillería. El número de banderas tal vez sea el verdadero, porque las banderas hacían el papel de banderines; cada compañía tenía la suya, y siendo éstas de pocos efectivos, es natural que se hubiesen perdido las que los franceses dicen. De los 7.000 prisioneros hay que rebajar 4.000, porque los que entraron en España por Fuentebravía fueron 2.600, a los que habría que añadir algún desertor y los que se quedaron enfermos que luego se fueron incorporando poco a poco, resultando completa la cifra que calculamos de 3.000 prisioneros.

Los muertos tampoco pueden ser 8.000, pues de los seis Tercios españoles, tres se retiraron en buen orden, sin ser perseguidos ni hostigados siquiera, quedando tres en el campo de batalla. Los Tercios italianos y los regimientos extranjeros debieron de tener muy pocas bajas; primero, porque estuvieron poquísimos tiempo en fuego y porque no hubo persecución, que es el momento en que se producen más bajas. Cánovas, Almirante y Barado, coinciden en afirmar que algunos Cuerpos fugitivos llegaron intactos a colocarse a retaguardia.

El infante español jamás perdió sus cualidades nativas, que no se desmoralizan con las derrotas, ni se abaten con los sufrimientos, ni con las fatigas de la guerra: condiciones morales y físicas que no tienen otra explicación, que la que dió un soldado, al ser preguntado, como había podido resistir tantos días sin alimento, luchando sin descanso y abriéndose camino entre el humo y las explosiones: «No lo sé; es que en España somos así», contestó.

La Superioridad de los Tercios no radicaba en los arcabuces o las picas, sino en una voluntad creada en cada uno de aquellos soldados. Lo demostraron en infinitas batallas. Eran gigantes de talla mítica, aunque algunos fuesen mas achatados que esbeltos.

Europa veía pasar los Tercios unas veces con espanto y otras con amor, pero siempre con admiración. Porque el ánimo admirado, odia o ama, pero siempre acata.

El general José Almirante, historiador de agudo ingenio y juicio siempre certero sobre cuestiones militares, dice en su magnífico «Diccionario Militar»: «Los franceses han pretendido siempre simbolizar en esta batalla, la muerte de nuestra infantería. Aunque el hecho táctico es indiscutible, si bien en Rocroi se marque el primer escalón descendente en la gloria de la infantería española, ni la derrota causó por entonces gran impresión en España, ni, en realidad, tuvo las condiciones estratégicas y políticas que suelen traer de suyo las grandes catástrofes».

La infantería española recorrió Europa y traspasó anchos brazos de mar, a cuerpo casi desnudo, colgando de las picas las ropas y los arcabuses, pero con la pólvora siempre seca y el ánimo elevado.